EL JIBARO

PRIMERA EDICION

Julio de 1986 - 1,000 ejemplares

SELECCIONES LITERARIAS

GRANDES AUTORES

EL JIBARO

EL MONSTRUO: CHRISTIAN COROTT

Christian se detuvo en el borde de la avenida. Bañado por la luz de un farol, se encontraba un gato muerto. Murmuró:

-¡Se te acabaron tus siete vidas, nunca más volveremos a encontrarnos!-

Tiempo atrás, topó por primera vez con el felino. La luz de la luna recortaba su ágil silueta, equilibrada sobre el largo cerco de madera. Maullaba de hambre. En la puerta de su morada lo invitó a pasar, pero el felino se alejó.

Por largos meses, el gato esperó a Christian, que invariablemente, regresaba al borde de nacer el día. El lo seguía sobre la barda y Christian le lanzaba pequeños trozos de carne que el felino atrapaba con increíble agilidad. Mientras comía, maullaba satisfecho hasta la puerta de la casa. Ahí los dos amigos se despedían para reunirse a la noche siguiente.

Christian trepó las escaleras de su casa, pensando que había perdido a su único amigo.

Vivía en la buhardilla de un edificio que hacía muchos años alquilaba. Cuando llegó era un muchacho, ahora era un hombre con muchas ambiciones pero con poca fortuna.

Su cuarto, situado en la azotea, tenía dos salidas: la normal y una vieja escalera de fierro que desembocaba a un lote baldío.

En su cuarto, el estuco en muchos sitios reventado, mostraba la porosa superficie de sus ladrillos rojos. El mobiliario se componía de una vieja cama, adornada con una enorme cabecera de latón y adosadas a las paredes, dos mesas llenas de revistas científicas y textos sobre materia electrónica.

Corott había sido poco afortunado. Siendo un bebé, su hermana derramó sobre un flanco de su cara, un cazo con leche hirviendo. La tierna piel y la carne quedaron destruidas. La oreja desapareció y por boca le quedó un horripilante agujero, que corría descubriendo el último de sus molares.

Una amarillenta y apergaminada piel de brontosaurio, cubrió los huesos de su cara. Por ojo le quedó un cayuco blanco que miraba estático, con la hipnotizante fijeza de los reptíles.

Sin embargo, el lado normal de su cara, se podía decir que era hermoso. Su cabello rubio ensortijado, le caía a raudales y le daba el aspecto de un muchacho persa.

Esa era la razón por la que en su cuarto no se encontraban espejos. Tenía accesos de furia, esta se despertaba al ver reflejada su fealdad en la pulida superficie de un cristal.

Algunas veces se le ocurrió recorrer los amplios boulevares de París. Su presencia causó conmoción entre la multitud y juró jamás volver a ver el sol sobre la tierra.

Corott ocasionalmente trabajaba. Pero eso no era un problema que lo atormentara. Su hermana Madelen, rigurosamente le enviaba una mensualidad que le permitía comer y pagar su alojamiento.

Por aquellos días, consiguió trabajo con Camilly, el jefe de un garito clandestino. Le entusiasmó el juego. Con urgencia practicó con viejos naipes el arte de esconder las cartas, como lo había visto hacer a los talladores profesionales. Consiguió alguna destreza, pero una noche que se puso a repartir el juego en el garito, la clientela horrorizada de su rostro, se alejó y el dueño de la trampa le prohibió volver a acercarse a las mesas de juego.

El sol enviaba los últimos rayos de luz sobre la tierra, cuando Christian se levantó. Abandonó

su cuarto y se aventuró por la azotea del edificio. Algunas veces le gustaba ver correr el Sena bajo sus cansados puentes. La cinta de plata se arrastraba lenta, cruzada por barcos llenos de turistas que contemplaban asombrados lo eterno de París.

Desde su refugio podía ver subir y bajar los elevadores de la Torre Eiffel. Otras veces las fuentes del Chaillot, lo entretenían y admiraba la belleza de su geometría.

Se acordó del gato, bajó sus ojos hacia la barda por donde antaño corría el felino. Sintió que por él tenía mas amor que por la humanidad; de esta sólo había recibido puntapiés. Creía que todo el mundo tenía una media cara igual a la suya, sólo que los demás la llevaban oculta y únicamente la mostraban cuando florecía su enojo, su avaricia, su envidia.

Sobre la cama se encontraban algunas revistas de medicina, en las que se relataban los últimos adelantos de injertos de piel en los humanos. Se adentró en la lectura esperanzado; el doctor suizo Valteen, anunciaba que era capaz de rehacer el rostro mas desfigurado. Mostraba las fotografías de un monstruo que mas o menos había quedado presentable. Christian se entusiasmó y anotó su dirección.

Esa noche se lanzó a la calle decidido a conseguir unos francos y marchar en busca del cirujano plástico.

Se armó de una cachiporra de lona rellena de arena y se deslizó como víbora en busca de una víctima. La fortuna le acercó a un turista ebrio que andaba perdido. De un traicionero golpe lo derribó, su cartera pasó a sus manos y huyó en la oscuridad de la noche.

En su domicilio calculó el monto del botín, rió satisfecho, era más de lo que esperaba. Los verdes dólares formaban un fajo respetable.

Christian pensó que la fortuna comenzaba a son-

reirle. Dos noches después, en el tren nocturno que salía de Paris rumbo a Suiza, se hallaba acomodado en un gavinete privado.

El doctor Valteen escuchó el teléfono y descolgó la bocina. Estaba acostumbrado a que sus clientes, por su complejo, solicitaran consultas nocturnas.

Así pues, no mostró sorpresa cuando su nuevo cliente, solicitó una entrevista para esa noche. Arreglados en el precio, el doctor colgó el tubo y anunció a su enfermera:

-¡Debe ser horrible su problema, cuando no acepta mas que una hora avanzada de la noche!-

El doctor recorrió con paciencia científica la cara de Christian. Su rostro no mostró reacción alguna, el era un profesional tratando de resolver un problema. Despues del estudio, Christian fue llamado a un taller de fotografía. Los flashes relampaguecantes imprimieron en la película, la terrible quemada de su rostro. Poco después, el doctor sostenía entre sus manos las reveladas placas. Al final explicó a su cliente la gravedad del caso:

-Es un problema bastante difícil de resolver el suyo, pero no se alarme, no es que no tenga solución sino que es necesario tiempo y mucho dinero-

Christian, que tenía horas sin despegar la lengua, preguntó:

-¿Cuánto tiempo y cuánto dinero?-

El doctor Valteen frunció la boca, quedó mudo por algunos instantes y contestó:

-¡Necesito dos años para poder reconstruir su cara!-

-¿El dinero, doctor?-

El doctor Valteen, que conocía su negocio, con un movimiento de labios explicó:

-Como un millón de francos. Es necesario pagar el sanatorio, medicinas, mi trabajo...-

Christian, apesadumbrado, exclamó:

-¡Mucho dinero para mi, pero trataré de conseguirlo!-

Christian Corott regresó a París con el firme propósito de obtener, en cualquier forma, el dinero para reconstruir su cara.

Recurrió a su hermana, pero ella aseguró que le era imposible conseguir el efectivo.

En el garito, una noche Camilly recibió sin consultar, varios billetes de veinte dólares americanos. Los tramposos se vieron defraudados: ¡los billetes eran falsos!

Camilly, risueño porque había recibido una lección, regaló entre sus amigos los falsificados papeles. Entre los beneficiados se encontró Christian, que tenía en sus manos un billete que no valía nada. Cuando regresó a su cuarto, vió con desprecio el arrugado papel. ¿Para qué sirve esto? se preguntó. Entre sus dedos estuvo frotando la mala falsificación. A él nunca se le había ocurrido que podía hacer un billete falso.

¿Para qué?, se preguntaba y concluía: ¡para ser un falsificador se necesita ser un buen dibujante. Yo, si trato de hacer un huevo, me resulta una tortuga, esto no está al alcance de mis posibilidades...!

Se metió en la cama y continuó reteniendo en su mente el problema: ¡si pudiera hacer billetes falsos perfectos!. Y con esta campana en la cabeza, se hundió en las ropas de su cama.

No podía dormir, el hueso le había quedado atravesado en la garganta. A media noche saltó de su lecho, creyó que había encontrado la solución. Christian era experto en electrónica. Por muchos años había estudiado los principios de la televisión y conocía lo que era una celdilla fotoeléctrica.

Su mente se puso a trabajar sobre este ángulo. Se imaginó una celdilla de selenio, recibiendo de

un poderoso foco de luz, una fotografía transparente de un billete de cualquier denominación. Sus terminales acopladas a un pantógrafo, que reproduciría con increíble perfección, todos los razgos del billete más difícil de copiar. Con esta idea quedó dormido y se dispuso a trabajar arduamente en la realidad de su proyecto.

Por la mañana se levantó y se dirigió al mercado de "las pulgas". Llegó a un puesto de cachivaches donde antaño había observado que conservaban los aparatos que habían servido para lanzar y recibir las primeras señales de televisión en el mundo. No le fue difícil encontrarlos. Ahi se encontraban los viejos receptores de señales lumínicas. No regateó mucho por el precio y se arregló con el dueño de los arcaicos artefactos.

Con el principio de su idea, marchó por la ciudad. Por el camino compró un cautín electrónico que podía soldar la más diminuta pieza. Mas tarde consiguió un pantógrafo que podía ser acoplado a un mecanismo automático. Regresó a su feudo en la azotea, tarareando una canción de moda.

Inmediatamente se puso a trabajar en su obra. Desbarató las televisiones y encontró que las pantallas estaban formadas por largos filamentos de selenio. Soldó cada una de las terminales a delgados cables de cobre y los unió a un amperímetro. El selenio tiene la propiedad de dejar pasar la corriente eléctrica al contrario del poder de la fuente lumínica que lo impresione. El amperímetro, mediría la corriente que pasara y la llevaría a un simple electroimán, que acoplado al pantógrafo, se movería atraído o rechazado por la simple voluntad del hierro dulce del imán.

La realización de su proyecto le llevó meses. El no era un experto en soldaduras. Muchas veces, cuando creía que el hilo de cobre había quedado suje-

to, sucedía que la terminal se trozaba con cualquier movimiento.

Al fin, soldó el último alambre y unió los cables con el electro imán.

Hacía tiempo que tenía una cámara para sacar fotografías para proyección. Del dinero hurtado al turista, apartó un billete nuevo que fotografió con precisión. La fotografía fue perfecta. Con un proyector de película inmóvil, enfocó la pantalla de selenio y quedó pasmado de lo que sucedió. El pantógrafo se movió dibujando en forma increíblemente correcta, los relieves del billete. La aguja rayó la cera que cubría una lámina y después, con ácido fluorhídrico, quemó el metal y formó la primera placa para la impresión tipográfica.

Un día terminó su obra. Sobre la mesa se encontraban diferentes placas de metal reducidas al tamaño natural de los billetes.

Meses después, logró la primera impresión. En su cuarto armó dos pantallas de cine y con doble proyector, reprodujo lo filmado. Lloró de emoción, en las pantallas no se podía distinguir el billete auténtico del falsificado. El trabajo había sido perfecto.

Esa noche la pasó asido al cuello de una botella de vino de Burdeos. En medio de su embriaguez, recordó la escultural belleza de su hermana y deseó verla enterrada. Recordó al gato y extrañó su maullido. No conocía otro amigo.

Poco tiempo después, imprimió una enorme cantidad de billetes y se dispuso a probar fortuna, haciéndolos circular.

En pequeños negocios, logró cambiar unos cuantos cientos de dólares y esperó la reacción de los bancos. Al parecer, en París los billetes habían circulado sin problema.

Con la plata reunida, decidió marchar a Niza

y Montecarlo, a tratar de cambiar en los casinos su dinero.

Camilly, el viejo tahur, era ahora el jefe del personal de talladores en el "Palacio del Mediterráneo". Le llamó la atención un hombre con capa y sombrero español que jugaba en una mesa.

Horas después, recibió a un empleado que le llevaba un fajo de 500 dólares para que fueran cambiados por francos. Camilly se dirigió al cajero principal y le extendió la moneda. El hombre miró a trasluz los billetes y ordenó su cambio. No pasó mucho rato, cuando de diferente mesa y por el mismo individuo, se pidió otro cambio de moneda. En la madrugada se hizo el último trueque, la cantidad era fuerte y fue autorizada.

Por curiosidad, Camilly se acercó al hombre que había jugado como sultán árabe. Quizo darle las gracias e invitarlo a que volviera a probar fortuna sobre los verdes tapetes de sus mesas.

Su estupor no tuvo límites, frente a él se encontraba Christian Corott, el antiguo mozo que él conoció en París.

Christian quedó desconcertado, dió media vuelta y se alejó precipitado. En la avenida que bordea el mar frente al casino, encontró un vehículo, lo tomó y pidió que lo llevaran a su hotel, recogió su maleta y se fue a Montecarlo.

Marchaba asustado, estaba seguro de que había sido ampliamente reconocido por Camilly. Su anormalidad no le permitía pasar desapercibido. Por el camino decidió tomar un avión y regresar a París.

Al día siguiente, descendió de una poderosa nave aérea en Orly y corrió a esconderse en su elevado refugio.

Camilly vió indiferente la precipitada salida de Christian, pero sí le dió importancia a la fuerte

cantidad de dinero que le había cambiado.

Por la mañana se presentó al Banco Franco Suizo, para hacer los depósitos normales de dinero. Los dólares de Christian, pasaron por el tamiz de otro experto en monedas extranjeras. El hombre, después de mil vueltas que dió al billete, quedó asombrado y exclamó:

-¡Perfecto, perfecto! Nunca había visto una falsificación tan buena. La falla existe únicamente en el papel. Hasta el retrato de Jackson fue intencionalmente previsto para una etapa especial de trabajo-

Los tahures regresaron con su cargamento de dólares falsificados a la oficina del gerente.

Vertier miró indignado los paquetes de papel. El tipo no era una pera en almíbar. En su azarosa vida, había estado ligado a negocios de drogas en Marsella, asaltos a mano armada, robos, y por último al juego. Su mente torcida, inmediatamente tramó la forma de vengarse. Sabía que el falsificador, por el escándalo, estaría escondido por larga temporada, miró a Camilly y le preguntó:

-¿Lo conoces?-

El tahur tragó saliva y afirmó:

-¡Sin lugar a dudas! Está marcado, tiene quemada la mitad de la cara y esto lo acompleja-

Vertier continuó indagando:

-¿Podrías localizarlo?-

Esta vez lo dudó Camilly, porque no ofreció nada al prometer:

-¡Sólo puedo intentarlo, París es muy grande y Europa es un Continente. En cualquier parte se puede ocultar!-

Resultó mas sagaz Vertier, al asegurar:

-No lo creas, con el defecto de su cara, en cualquier parte puede ser localizado. Se esconderá, pero no quiero que lo encuentre la policía. No les des el dato de su cara quemada- y secamente ordenó:

-¡Localízalo y quítale los clichés de impresión de los dólares! En América mis contactos pagarían una verdadera fortuna por ellos, y a él es mejor enterrarlo-

Camilly salió de la oficina arrastrando a dos de sus mejores gatilleros. Horas después, abordaron el jet que los llevaría al siempre fabuloso París.

La prensa armó el escándalo del siglo. En grandes letras se anunció que se había descubierto una perfecta falsificación de dólares. La noticia, aunada a que los gringos andaban de capa caida con su moneda, detuvo muchas de las transacciones mercantiles que se efectuaban.

Cuando Christian leyó la noticia, al principio no la creyó, pero después se sintió importante. Había jugado con la increíble vitalidad económica del pueblo americano y los había jaqueado. Estaba seguro que sus dólares jamás serían rechazados.

Creyó prudente permanecer escondido y ni de noche ni de día abandonaba su guarida. Los periódicos traían la noticia de la falsificación, pero no mencionaban para nada, la personalidad del falsificador.

La necesidad tiene cara de usurero, en busca siempre de ¡dinero!. Corott terminó con la plata que tenía y faltaban varios días para que le llegara la mensualidad de su hermana.

Encontrándose sin efectivo, decidió a jugar a algunos dólares, o cambiarlos en cualquier negocio. Buscó algunas casas de cambio, pero por lo avanzada de la hora, las encontró cerradas.

Enfiló rumbo al garito clandestino donde antaño trabajara. Estaba seguro que Camilly se encontraba muy lejos, y no lo había relacionado con el negocio. Rápidamente fue reconocido por sus antiguos compañeros y minutos después, había cambiado algunos dólares por moneda francesa.

Regresó de madrugada a su casa. Durmió como

siempre, hasta que el sol moría en el horizonte. El disco rojo se ocultó frente a sus ojos. Su reino había terminado, la oscuridad, rota por las luces de colores, se extendió sobre toda la ciudad.

Al salir, miró sus aparatos con cariño. Todo lo que había ideado, le permitiría lo que más ambicionaba en la vida: vivir entre los latidos de la humanidad. No le importaba ser un miembro mas de la multitud, si podía abandonar su soledad. Christian estaba equivocado, valía mas su soledad. El conocer a la humanidad, es situarse frente al fraude, envolverse en la corrupción y amasar a diario una mentira.

Christian se mezcló entre la multitud que poblaba los boulevares. Avanzó hasta la plaza de la Estrella y se entretuvo en ver el Arco del Triunfo iluminado.

De madrugada regresó a su refugio. Esta vez, por estar frente al lote baldío, prefirió subir por la abandonada escalera.

Sus pasos resonaron sobre la dura superficie. Se extrañó de encontrar la puerta de su cuarto abierta. Nervioso, le dió vuelta a la llave de la luz y el corazón le dió un vuelco: la pantalla de selenio había desaparecido junto con el pantógrafo, el dinero falso y las planchas para imprimir billetes.

-¡Todo un año de trabajo perdido!- se lamentó. Y lo peor: tenía que coserse la boca. El no podía marchar en busca de la policía y solicitar su ayuda. ¡Su negocio se encontraba precisamente fuera de la ley!

Durmió por ratos, la pérdida no era irreparable. El podía volver a armar la máquina y con más rapidez que antes. Ahora dominaba la técnica y podía volver a falsificar billetes de cualquier denominación y de cualquier país. Su ambición le dirigió hacia el poderoso marco alemán, pero su mente no se apartó del principal problema: ¿quién le había birlado el dinero y las planchas de impresión?. De los porteros

del edificio no había dudas, eran unos viejos escrupulosamente honrados. Estaba seguro de que ni siquiera sabían quién había entrado al edificio y salido con su voluminoso equipaje.

Su mente dió mil vueltas al acertijo y se acordó de Camilly. ¡Ya no le quedó ninguna duda! El viejo tallador era una de las esquinas del problema. Su mente comenzó a hilvanar como se vengaría. En esas divagaciones se encontraba, cuando escuchó pasos ligeros en la azotea. A la luz de la luna, por su ventana pudo distinguir dos sombras que se deslizaban tratando de permanecer ignoradas. Brincó de la cama y se escondió tras de su redondo ropero, el mueble le brindó un insospechado refugio.

Un fuerte golpe hizo saltar los pasadores de la puerta. Los dos hombres descargaron sus silenciosas armas sobre la abandonada cama. Christian vió razgada la oscuridad de su cuarto por la luz de las intermitentes explosiones.

Minutos después, se vestía y abandonaba su buhardilla, dispuesto a no volver jamás a aquel sitio. Ganó la calle cuando la mañana había llegado. Marchó con rumbo al río y lo cruzó por el Puente de Alejandro. En una de las bancas de los muelles se detuvo y se sentó en espera de una hora propicia para hablarle a su hermana.

Poco después se comunicó con ella. Le prometió una agradable sorpresa anunciándole:

-Marcharemos a Estados Unidos. Te espero en el boulevard de los italianos, en el viejo café de la Condesa-

Christian, a quien no le quedaba ninguna puerta que tocar, aceptó el ofrecimiento con la esperanza de que en los Estados Unidos volvería a falsificar moneda.

MADELEN

No hay ciudad más bella en verano que París. Las tardes se suspenden en el horizonte y les dá nostalgia alejarse de la tierra. Sus hermosos monumentos, lucen taciturnos y ven correr el Sena entre los muros grises de sus envejecidos muelles. En la isla, la iglesia de Notre Dame, muestra orgullosa su medieval arquitectura. En el horizonte se perfila, como islote de paz, la seglar estructura de la Iglesia del Sagrado Corazón. En los Inválidos, reposando para siempre, los restos de Napoleón, que marcó una época y escribió en forma candente su nombre en el interminable curso de la historia.

Madelen abandonó el subterráneo en la estación cercana a la Opera. Sus pasos se deslizaron por el boulevard de los italianos. Era bella, tan bella que a su paso muchas miradas la aprisionaban con codicia. Su cabello de color castaño, su naricita ligeramente respingada. Su boca de raro dibujo y sus ojos almendrados, teñidos de un verde claro y profundo, se acompañaban de las líneas tentadoras de su cuerpo. Semejaba una estatua de Vernini. ¡Era una mujer para tenerlo todo, y no tenía nada!. "Problemas, problemas" repetía su mente atormentada.

Se detuvo frente a un café. Esa mañana abandonó el lecho tarde y no tuvo tiempo de tomar sus alimentos. Una noticia la había alegrado: tiempo atrás, solicitó de la Embajada Americana su visa de inmigrante. Después de haber acariciado por mucho tiempo la quimera, había logrado que el poderoso país abriera sus puertas para ella y su hermano, por el trotaba por las calles. Christian parecía un parásito político comunista latinoamericano, de los que juran muerte eterna al trabajo y explotan sin misericordia la ingenuidad de las masas.

Años antes Carolina, la madre de ellos, enfermó de gravedad. Los médicos, después de mil análisis, diagnosticaron el más temible de todos los padecimientos: el cáncer.

Madelen gastó hasta lo que no tenía, tratando de curarla. Una noche, en que su necesidad era mucha, vendió su cuerpo. Regresó a su casa con un grueso puñado de billetes arrugados y un rosario de amargas lágrimas brotó de sus hermosos ojos.

Logró para su madre una radioterapia que esperaba la librara de su tortura. Pero el paliativo fue pasajero: Carolina se agravó y antes de abandonar este mundo, le recomendó que siempre apoyara a su hermano, que si él sufría, todo se debía al desgraciado accidente que ella había propiciado.

Madelen juró en el lecho de la moribunda, serle leal mientras viviera. Minutos mas tarde, Carolina había dejado de existir.

Después de recordar su tragedia, se levantó de la mesilla que ocupaba, pagó su cuenta y se dedicó a rastrear por los cafés al inútil monstruo de su hermano. Se acercó a uno de los mozos que prestaban sus servicios en un asoleado establecimiento. Sus labios desgranaron un nombre y el sirviente exclamó:

-¡Ah, el espectro!- y señaló un rincón solitario donde él se encontraba.

Madelen se acercó, balbuceó algunas palabras a su oido. Christian se levantó, se colocó el sombrero español que ocultaba sus facciones, y hechó sobre sus hombros su negra gabardina.

Adelantando a su hermana, caminó por los concurridos boulevares. Madelen lo siguió y enfilaron hacia la entrada de una estación del metro.

Abajo, en las entrañas del mundo, se escuchaban trepidar sobre los rieles, la pesada masa de los convoyes. Abordaron un tren y el aparato, como gusano, se arrastró por las profundidades de la tierra.

Lo abandonaron en la Estrella, cruzaron la avenida de los Campos Eliseos y se encaminaron hacia la Embajada Americana.

El empleado que los atendió, miró con curiosidad a Christian, preocupado por mostrar el flanco agradable de su rostro. A ella la vió con nostalgia, aunque viejo, siempre se entusiasmaba cuando veía una verdadera belleza. Cortés preguntó:

-¿A qué se dedicará en los Estados Unidos?-

Ella argumentó que daría clases de idomas: francés y alemán.

El oficial de inmigración se deleitó con su voz clara y precisa.

Cuando se refirió a su hermano sobre su ocupación, los ojos de ella se movieron indecisos. Inventó una pequeña historia, afirmando que él era astrónomo. La desconsolaba informar a todo el mundo que era un mantenido. El empleado mecanografió en la cédula la respuesta; después se dirigió a Christian, que continuó contestando el formulario. El oficial de Inmigración felicitó al francés exclamando:

-¡Debe ser hermoso andar siempre en busca de nuevas galaxias en el cielo!-

Christian rió y rió, porque todo lo que sabía de astronomía era que los luceros brillaban en la noche.

Con los documentos que les permitían residir en la Unión Americana, se alejaron de la Embajada. Ella marchaba feliz y lo manifestó anunciando:

-Te invito a comer, es un gran día para nosotros. Tal vez nuestras penas terminen. ¡Tú conseguirás algún trabajo y yo, puede que comience a vivir!-

Continuó quejándose con voz patética:

-¡Jamás he vivido Christian! ¡He sido una pluma que arrastran los huracanes! ¡Ayúdame a ser algo! ¡Me doy asco porque odio mi pasado, pero juré ante nuestra madre moribunda que jamás te fallaría y he

cumplido mi promesa! ¡Siempre te he mantenido!-

Lo de mantenido le sonó desagradable a Christian, quien exclamó con vehemencia:

-¡Si soy un monstruo te lo debo a tí, y a tu perversidad!-

Madelen calló, sus ojos se clavaron en el flanco horrible de su rostro y no se atrevió a contradecirlo.

Una semana después, los hermanos se encontraban en el puerto del Havre, embarcándose en una modesta nave. Christian, para protestar contra el bergantín, dibujó en su cara un gesto de desprecio y humilló a su hermana anunciando:

-Más cómodo hizo el viaje Cristobal Colón en sus carabelas, que nosotros en esta lata de sardinas-

Madelen rumió su pena y marchó escaleras abajo para encerrarse en su camarote.

Muchos días después, por los toques de la sirena, los viajeros comprendieron que se hallaban cerca de las costas de América. Rápidamente arreglaron su escaso equipaje y se prepararon para desembarcar.

Era un día brumoso, cuando entre la niebla, Madelen descubrió la línea ondulada de las playas americanas.

El barco cabeceaba cuando se iba acercando a los muelles de la bahía. Poco después, Christian señalaba con su mano la inconfundible silueta de la estatua de la Libertad.

Madelen se encontraba feliz, el aire marino corría impetuoso y tironeaba de su hermosa cabellera. Estaba realmente distinguida con su vestido azul y su abrigo nuevo.

Se colgó del brazo de su hermano, que permaneció impasible viendo desfilar frente a sus ojos, los enormes rascacielos, anclados en el rocoso suelo de la isla.

Las luces de la ciudad eran fascinantes y graba-

ban sus colores en el marco negro de la noche.

En los muelles de Brooklyn, el barco dejó deslizar chirriando, la cadena de su ancla. Poco después todos los pasajeros marchaban hacia la estación de la Aduana.

La cara de Christian causó sensación: ¡hombre de dos caras! exclamó el aduanero que los recibió.

Ella entregó a los empleados de Inmigración sus documentos. Poco después se encontraban pisando la tierra americana.

Un taxi los movilizó a un hotel.

-¡Que no sea muy caro!- rogó al taxista; y él, con un movimiento de cabeza, dió a entender que la había comprendido.

El vehículo enfiló veloz por las arterias de la ciudad. Madelen curiosa, recorría con la vista las insistentes líneas rectas de los edificios.

El automóvil se detuvo en un albergue de agradable presencia.

-Este hotel no es muy caro- exclamó el chofer- Y si viene de paseo, desde aquí puede admirar la torre del Empire State-

-Gracias por la información- exclamó y agregó a el pago una pequeña propina.

Segundos después se internaban en el lobby del albergue. Frente al administrador, ella solicitó dos cuartos.

Minutos después, los franceses marchaban rumbo a sus habitaciones.

-¡Cenemos fuera!- rogó ella. El con monosílabos despóticos, aceptó la invitación.

Hacía frío, el otoño dejaba sentir su presencia. Buscaron un café y se refugiaron en el confort de la calefacción interna. Cuando salieron, una lluvia ligera y persistente mojaba el pavimento. Apresuraron el paso. Christian, que marchaba como buho, rompió el silencio quejándose:

-¡Odio a esta ciudad! No me gusta, prefiero volver a París-

Esta vez Madelen se armó de valor y replicó:

-¡Tú puedes regresar cuando quieras, pero yo no vuelvo jamás! Este país me ha gustado y en él me quedaré-

Llegaron al hotel y ella molesta, se encerró en su cuarto dispuesta a ver la maravillosa electrónica de la televisión.

Por la mañana, activa como viejo gambusino, confesó sus planes exclamando:

-Christian, he decidido ir a vivir a California, creo que mi porvenir se encuentra allá-

El hombre de las dos caras, miró con odio a su hermana, se sentía encadenado. Donde ella fuera, él estaba obligado a seguirla. No le había gustado New York, razonó que el resto del país le iba a gustar menos.

Aceptó partir, esperando armar su aparato y falsificar moneda americana, para regresar rico a París.

En la Estación Central esperaban los franceses. De repente un hombre de color, abrió la puerta del coche y con voz gruesa y rasposa, anunció:

-¡Vámonos!-

La larga fila de pasajeros desapareció en el interior del paquidermo. Poco después, el vehículo comenzó a dejar atrás la moderna Babilonia.

Cuando llegaron a Las Vegas, ella se sentía cansada. Habían viajado en medio de valles verdes, lagos azules y montañas ocres. Cruzaron ríos impetuosos y arroyos murmurantes, y ahora se encontraban en la región de los grandes desiertos. A veces, el espacio aéreo se veía razgado por el vuelo de algún águila solitaria, en busca de su presa.

Por la mañana, Madelen salió a conocer la ciudad, el aire del desierto la cobijó con su cálido manto.

Ella conocía el bello Montecarlo y no se entusiasmó, ni con los puestos de hamburguesas, ni con los desplumaderos ambulantes. Sin embargo, cuando circulaba frente a una máquina tragamonedas, la curiosidad la detuvo frente al bandolero mecánico. Apretó entre sus manos las pocas monedas que llevaba, sabía que le hacían falta.

¡Es un desayuno de Christian! pensó. Cerró los ojos, depositó un dólar de plata en el alveolo de la máquina y jaló su palanca. La rueda corrió y corrió, finalmente se detuvo en donde raras veces lo hace. Madelen se asustó al escuchar silbar la máquina, pero el tintineante crujir de la plata que caía a chorros en la buchaca, la sacó de su estupor. Loca de alegría, abrió su bolso, donde a puñados desordenados hacía caer los dólares ganados.

Estaba feliz, ahora sin grandes apuros, podría buscar un trabajo que le agradara.

Esa misma noche, abordaron el autobús que los dejaría en la antigua ciudad mexicana de Los Angeles.

Era de madrugada cuando abandonaron el transporte. Las primeras luces rosadas de la mañana, se colaban entre un cielo oscurecido por crespones grises, de masa nebulosa.

No lejos de la estación, se encontraba un hotel, hacia él dirigieron sus pasos. El establecimiento era menos que mediocre, pero minutos después, ahí encontraban alojamiento.

A media mañana ella salió a la calle. Poco después regresaba a su cuarto, con un diario.

Buscó los anuncios que correspondían a ofertas de trabajo. Encontró demasiadas, pero ninguna le interesó.

Quería algo que estuviera relacionado con los espectáculos y no encontraba nada que le acercara a su soñado mundo: La Meca del Cine.

Ahora que se encontraba a unos pasos de los

grandes directores, de los grandes estudios, los veía tan lejanos, que en ese momento casi renunciaba a sus esperanzas.

Pero tal vez en aquel anuncio, poco llamativo, se encontraba su destino. Un circo solicitaba los servicios de una persona que hablara francés y alemán.

Con su lápiz marcó la dirección donde tenía que presentarse y su teléfono.

MAMERTO RASCON

A las oficinas centrales de Inmigración en San Antonio, Texas, llegan una cantidad diaria de solicitantes, impresionante. El Fiscal, Sr. Ricardo Casillas, y el Juez, Sr. Bernabé Maldonado, diariamente se enfrentan a una creciente cantidad de problemas, que es necesario resolver urgentemente.

El Fiscal, Sr. Casillas, se encontró con una escena que constantemente se repetía. En una esquina de su oficina, esposado, se encontraba un mexicano. Estaba custodiado por un Hércules rubio, de mirar torcido, con sombrero de fieltro y revólver a la altura de la mano, listo para desenfundarse.

El Fiscal miró al detenido, su figura era simpática. Su enorme sombrero de palma, su gran vientre, su bigote torcido como cuerno de toro, el pantalón estilo charro. Gritaba al que lo viera, que era un trabajador agrícola y lo más seguro que sin papeles.

El Sr. Casillas se acercó al mexicano y ordenó al alguacil:

-¡Suéltalo!-

El policía hechó mano de su llave y soltó las manos del prisionero. Este se frotó las muñecas, moradas por la presión del fierro que no dejaba circular su sangre.

-¿Cómo se llama?- preguntó el Fiscal.

-¡Mamerto Rascón!-

El Sr. Casillas principió su rutinario interrogatorio:

-¿Que hacía en los Estados Unidos sin papeles, Sr. Rascón? ¿No sabe que eso es ir contra la ley?-

El mexicano sonrió, deseaba que le preguntaran algo parecido. Se armó de valor, y contestó:

-Tenía hambre, y ustedes apoyan en México a un gobierno de estúpidos bandidos-

Casillas sintió que le hormigueaba el cuerpo,

y fogoso contestó:

-¡El gobierno americano no apoya mas que a gobiernos constituidos, elegidos por la voluntad del pueblo!-

El preso replicó:

-¡Se ve que usted está muy alejado de la realidad del pueblo mexicano, que no elige ni a los policías! En México, cada tirano le deja el poder a otro tirano, para que lo proteja y no le vayan a quitar lo que se robó. Esa es la ley no escrita que rige a México-

Casillas comprendió que tenía a alguien enfrente, que no iba a doblegar. Buscó otro camino, tenía deseos de ayudar al mexicano en su desgracia, como había ayudado a muchos que llegaban como aquel: con las manos callosas de sostener el arado sobre el zurco. Exclamó conciliador:

-Sr. Rascón, aquí usted es hombre que tiene derechos, aunque sea ilegal-

Rascón miró largo al Licenciado y suplicó:

-¡A mí, aviénteme p'al otro lado!-

Casillas, que quería ayudarlo, trató de convencerlo:

-Le decía que aquí usted tiene derechos, aunque sea ilegal, lo puede ayudar un Licenciado-

El mexicano preguntó:

-¿Y con qué pago al abogado? ¡No tengo dinero!- y el bigotillo del mexicano se movió al fruncimiento ridículo de su boca.

-¡No es necesario que pague!- aseguró Casillas y continuó explicando: -La ciudad sostiene un abogado y a usted, no le costará nada su defensa-

-¡Gracias señor, pero a mí... aviénteme p'al otro lado!-

El Fiscal insistió:

-La ley lo puede ayudar y el abogado no tardará en venir-

Rascón miró incrédulo al empleado del gobierno

e insistió:

-¡A mí, aviéntame al sur de la frontera!-

Casillas comprendió que no iba a convencerlo, le preguntó:

-Dígame Sr. Rascón: ¿para qué quiere que lo eche al sur de la frontera?-

Rascón se alizó los bigotes con la mano, miró ladino al Sr. Casillas y comentó risueño:

-Señor, yo soy un hombre de palabra y me he comprometido a efectuar un trabajo en Dallas este fin de semana. Además le prometí a mi "vieja" y al loro, que los iba a traer a pasear a los Estados Unidos, y si no cumplo... Ya sabe lo que son las mujeres y los loros de habladores, no hay quien los soporte. Si yo pierdo mi tiempo aquí, en líos de abogados, no regresaré para cumplir mi palabra de trabajo en Dallas y mi mujer me armará pleito- y rogó: -¡Aviéntame p'al otro lado!-

El Licenciado dió la órden para que fuera deportado el mexicano.

El Fiscal y el Juez se miraron sorprendidos, en su mente no cabía la posibilidad de que aquel hombre cumpliera la palabra empeñada.

Retornaron a sus labores y olvidaron por completo al pintoresco mexicano.

Meses después, al llegar temprano a Inmigración el Sr. Lic. Casillas, se detuvo a la puerta de su oficina un individuo que lo llamaba por su nombre:

-¡Sr. Casillas, Sr. Casillas!-

El Fiscal se detuvo y saludó estrechando la mano callosa que le tendían. El saludo fue breve y el Licenciado se quedó meditando: ¿quién es éste hombre...?, ¿quién es éste hombre?

Por segundos trató de olvidar la ridícula silueta del que lo había saludado, pero volvió a su mente sobre el problema. Cinco o diez minutos después,

se levantó de su asiento y salió al corredor agitando los brazos.

-¡Rascón! ¡Mamerto Rascón, Mamerto Rascón, quiero saludarlo!-

En el corredor ya no había nadie, el Licenciado llegó hasta los elevadores, pero el mexicano se había perdido en la tranquilidad de la mañana.

GRECCO

Grecco estaba feliz, todos aquellos años pasados habían sido ventura. Hacía tiempo que él y su hermano Armin, habían heredado un pequeño circo y con él se habían iniciado en el mundo del espectáculo. La fortuna esquiva los había protegido y aquel pequeño circo, había llegado a ser uno de los más importantes de América.

Una noche los Grecco, decidieron que podían probar fortuna en Europa y en las grandes ciudades americanas.

Para discutir los puntos positivos y negativos de la expedición, invitaron a la reunión a Mamerto Rascón, que hacía años trabajaba con ellos. Remontando la corriente, había llegado a ser parte importante del espectáculo como artista.

El mexicano aseguró:

-Si queremos ir a Europa, debemos tener personal que nos ayude con los idiomas. Un anuncio en los diarios nos traerá el personal que necesitemos. ¿Qué buscamos: hombres o mujeres?-

-¡Es indiferente!- contestó Grecco. -Que domine los idiomas que necesitamos y es suficiente-

Un día por la tarde, se reunieron los aspirantes al trabajo que ofrecía el circo. A la hora señalada, principió el desfile de los solicitantes. Los primeros en llegar, fueron elementos fuera de serie. Gente "quemada", que ya no les quedaban muchas aspiraciones en la vida. Les era indiferente un sueldo decoroso o una bagatela.

Rascón y Grecco, que los examinaban, veían disminuir el número de solicitantes, sin encontrar lo que buscaban.

Cuando más oscuro estaba el panorama, se presentó Madelen y balbuceó nerviosa:

-El periódico dice que ustedes buscan una persona

que hable idiomas-

-Nací en Alsacia y hablo alemán y francés. En la escuela aprendí el inglés, si quieren pueden ponerme a prueba-

Grecco la miró y meditó: "¡que linda es!"

El verde ligero de sus ojos brillaba como esmeraldas, con la luz tenue de la tarde. Calmado contestó:

-Es necesario viajar señorita, y es requisito indispensable. La compañía tiene planes internacionales-

Detuvo sus palabras para comprobar su efecto y disfrutar de su clásica belleza, continuó:

-Sin esta premisa, no podremos darle el trabajo-

No fue mucho lo que la bella muchacha esgrimió para convencerlo. Simplemente refirió que aceptaba porque tenía un hermano mutilado y ella lo mantenía. La historia era simple y mostró que tenía buenos sentimientos. No todas las hermanas se sacrifican por un hermano, aunque sea un tullido. Minutos después, Madelen había firmado un contrato a prueba.

Cuando se alejaba, Rascón vió perderse su silueta en el marco del atardecer. Se acercó a Grecco y le preguntó con simple movimiento de las manos:

-¿Qué sucedió?-

El contestó:

-Al parecer es lo que buscamos, mañana cuando la conozcas, me darás tu parecer-

Madelen regresó loca de alegría. Le había simpatizado su jefe, sus ojos oscuros eran amplios y penetrantes, y su sonrisa agradable, jugueteaba en el marco de su rostro.

Al llegar al hotel, encontró a su hermano durmiendo.

Era un parásito orgulloso de su estirpe. Parecía vampiro levantando el vuelo sólo por las noches.

Lo miró con desdén, estaba botado sobre el lecho. Lo despertó, a alguien debía darle su noticia. Christian escuchó su voz con gesto de fastidio.

-Jamás he ganado tanto dinero en mi vida, siento que no tengo toda la experiencia necesaria para este trabajo. Pero mi buena voluntad y mis deseos de superación, me ayudarán a limar mis asperezas-

Al terminar su comentario, él desencajó sus mandíbulas, soltó un grosero bostezo y agregó lanzando un reproche:

-¡Déjame, me robas el sueño!-

Le mostró la espalda y continuó durmiendo.

Mas tarde ella salió a buscar un departamento. Para esa noche, se mudaba al nuevo alojamiento.

No estaba mal, era una casita con un pequeño jardín al frente.

El sol todavía titubeaba en el horizonte, cuando ella marchó rumbo al trabajo.

Christian se levantó, no quería que se le enfriara el café, y tardó varios minutos en servirse. Al sentarse a la mesa, contempló su horrible rostro reflejado en el espejo de la cocina y explotó como bomba de neutrones, destruyéndolo todo. El espejo terminó hecho añicos y los muebles bailaron un Can-Can francés invertido.

Madelen llegó al trabajo. Encontró al mexicano, que curioso preguntó:

-¿Madelen?-

-¡Si señor!-

El escuchó su acentuada pronunciación y sonrió. Le mostró la oficina en la que iba a trabajar. Minutos después, llegó Grecco y se marchó al lado del mexicano.

Por el camino, él soltó algo que no le cabía en la boca:

-¿Que te parece mi secretaria?-

-¡Hermosa!-

Rascón había insistido en que era necesario la presencia de un contador y un administrador para el circo. Y explicaba:

-Mientras el espectáculo fue pequeño, no encontré problema para contabilizar los gastos. Pero desde hace tiempo, lo redondo se me vuelve cuadrado y ya son necesarias personas que dominen el arte de administrar y de distribuir el dinero-

Grecco estuvo de acuerdo con él, y le prometió que a la semana siguiente buscaría personas que lo ayudaran.

Armin llegó a la oficina en busca de su hermano. Se detuvo breves momentos al ver a la bella secretaria. La saludó:

-¡Hola muñeca!-

-¡Buenos días señor!- contestó con su aterciopelada voz y preguntó: -¿En qué lo puedo servir?-

-Busco a mi hermano- exclamó él.

Al mismo tiempo que él hablaba, ella admiraba sus enormes biceps, que se insinuaban formando nudos musculosos bajo el algodón de su camisa.

-Su hermano debe estar en la carpa, hace breves momentos marchó con el "Sr. Rasgón"-

La forma de cambiar el nombre de Rascón, lo hizo marcharse a las carcajadas.

Minutos después se hallaba bajo la carpa. En la penumbra reinante, descubrió a los amigos; continuaban discutiendo los planes para la futura temporada. Armin se acercó al grupo, saludó y se entreveró en la charla. La risa volvió a su boca cuando miró a Rascón, éste desconcertado, vociferó:

-¡Grecco! ¡Tu hermano está loco!-

Armin no pudo contenerse y exclamó:

-¡Rasgón! ¡Rasgón...!-

Los tres rieron desbocados.

-¿La conociste?- preguntó Grecco.

-¡Oh sí!- contestó Armin. Y la calificó: -¡Bella

y agradable muchacha!-

Segundos después Grecco informó a su hermano de la decisión a la que habían llegado.

-Es necesario que busquemos un contador, para que no tengamos problemas con la Tesorería de la Nación-

-Estoy de acuerdo con ese punto- comentó Armin.

-Debemos tener todo en regla para no pelearnos con los inspectores del Tío Sam. Apenas falla uno un poco e inmediatamente sugieren ¡cárcel!-

Grecco continuó con el hilo de la charla, comentando:

-Rascón propone que busquemos un administrador capacitado-

Armin volteó su cara, dibujó su silueta en la penumbra que los rodeaba y gritó:

-¿Que te sucede mexicano, ya no quieres trabajar?-

Rascón guardó silencio por breves momentos y exclamó:

-¡No, no es eso! Es demasiada la carga que llevo sobre mis hombros vigilando a los animales y deseo quedarme con ese trabajo únicamente-

Grecco comentó:

-Este invierno, cuando inauguremos la temporada, espero que logremos un éxito arrollador. Precisamente mi secretaria escribirá a Francia, buscando tres o cuatro números, formados por los más espectaculares artistas, y espero redondeen nuestro programa-

Armin abrió los labios y confirmó lo esgrimido por su hermano, comentando:

-Si antes, en los pueblos de la frontera, hemos tenido un magnífico cartel, no encuentro la razón para fracasar en ciudades con tantos millones de habitantes- dirigiéndose a Rascón, le preguntó: -¿No es verdad, Mamerto?-

Este que lo reventaban cuando lo llamaban Mamer-

to, gruñó descolorido:

-¡Sí, gringo!-

Armin se alejó entre una explosión de alegría, feliz por haber puesto fuera de balance al mexicano.

Los hombres volvieron a la oficina. Madelen los recibió con una sonrisa que flotó en el aire como mariposa y se alejó batiendo sus alas en la intangible luz de la mañana. Con voz como murmullo de arroyo, preguntó:

-¿En qué puedo ayudar?-

-¡Bien Madelen...- contestó él. -Empecemos a trabajar!-

Poco después un gesto de su cara mostraba que se hallaba concentrado en el problema. Sacó del bolsillo una vieja libreta, la hojeó, rasgó una hoja y anotó varias direcciones.

Poco después dictaba unas cartas. La operación fue larga, tediosa y consumió el resto de la mañana.

El sol comenzaba a remontar la tarde, cuando el trabajo fue terminado.

-¡Tengo hambre!- exclamó él.

Ella también estaba cansada, torció su cuerpo sobre la silla que ocupaba, y dejó caer sus palabras:

-¡Siento que mi estómago da de saltos!-

-¡La invito a comer!- ofreció él.

Ella lo miró sonriendo y preguntó:

-¿Y su familia?-

El, como respuesta, hizo otra pregunta:

-¿Cuál familia?-

Ella, extrañada, volvió a preguntar:

-¿No tiene a nadie?-

-¡A nadie!- y agregó. -¡A nadie en plan sentimental, sólo cuento con mi hermano! Nuestro padre nos dejó el circo. Cuando principiábamos, apareció en el horizonte nuestro amigo Rascón y su loro "El Lenin", y él ha luchado parejo a nuestro lado-

El mexicano, que permanecía tragado por la penum-

bra que los rodeaba, se hinchó de orgullo y agradecimiento, al ver que sus amigos reconocían su larga y tediosa labor.

Ella tomó su bolso, lo abrió, sacó algunos de los implementos femeninos, útiles para retocar su cara. Mientras delineaba la curva agradable de sus labios, el mexicano y Grecco abandonaron la oficina.

Rascón había curioseado su forma cuidadosa de maquillarse y venenoso comentó:

-¡Te felicito! La francesa se pinta sus labios con delicadeza... Vanittel, tu viejo amor, se pintaba la boca como si estuviera borrando con goma una palabra equivocada en un cuaderno-

Las palabras de Rascón hicieron reir a Grecco, que burlón exclamó:

-¡Mamerto!-

Rascón sintió la puya y tiró un flechazo llamándolo:

-¡Gringo!-

Minutos después, aparecía en el cuadro de la luz, la hermosa Madelen. El terciopelo de sus ojos se fijó en sus amigos. Los hombres la flanquearon y marcharon hacia un auto estacionado dentro del seto que recortaba un jardín, cubierto de grama verde y floridos rosales.

Rascón los acompañó al automóvil y se despidió.

-¡Ven con nosotros!- invitó Grecco. Aquel rió y contestó en español:

-Un mandamiento que olvidó Dios enunciar, fue el de: ¡no estorbar!- y señaló: -¡Pares hacen parejas!- y con esta sentencia, el mexicano se alejó rumbo a su domicilio.

Grecco y Madelen se acomodaron en el automóvil, él se sentía feliz. Se deslizó sobre el asfalto de la avenida y murmuró:

-Comeremos por aquí cerca, para regresar pronto al trabajo. La temporada del circo debe meditarse

meticulosamente para no fracasar-

Su voz trató de ser profesional y hasta la tiñó con un poco de indiferencia. Pero a Madelen no la engañó, notó en sus ojos un brillo raro y una euforia que delataba su interés por ella. Se sintió halagada por el sentimiento que había despertado y contestó:

-¡No importa, cualquier cosa que comamos será suficiente!- y agregó: -¡Es muy importante para mí, retribuir con mi esfuerzo el sueldo que voy a percibir!-

El aseguró:

-Me gustan tus palabras Madelen, demuestran que eres una muchacha sensata-

-No lo creas- comentó. -¡Soy humana, he cometido muchos errores, pero los corregiré y algún día, tal vez encuentre la felicidad que se me ha negado!-

-¡No es posible que nunca hayas sido feliz!- contradijo él, y la tristeza de sus palabras lo convencieron.

Ella recorría con la vista el panorama que se extendía frente a sus ojos. El señaló:

-¡Hermoso Los Angeles!-

-¡Oh sí!- contestó entusiasmada y miró las altas torres que recortaban el horizonte en líneas rectas. Minutos después, llegaban al "Notre Dame", un viejo restaurante francés, que adornaba su entrada con una vieja copia fotográfica del barrio latino de París. Madelen agradeció la gentileza y poco después los dos se deslizaban en la mágica oscuridad del local. Quedó fascinada, el interior era una copia de los vitrales que adornaban la famosa catedral francesa.

-¡Hermoso sitio!- comentó ella mientras comía.

-¡Es un bello lugar!- afirmó él.

Entusiasmada, relató mil cosas de Francia, de los circos que había conocido, de lo escalofriante del trabajo de los trapecistas. Al llegar a este

punto, él la interrumpió y comentó:

-Cuando veas saltar a mi hermano, comprenderás cual ha sido la base de nuestro éxito. Lo verás volando de trapecio a trapecio. O en la cuerda floja, ejecutar un triple salto mortal y hacer proezas de equilibrio para no estrellarse en el piso de la pista. Esto es lo que nos ha dado el triunfo y el dinero: ¡su temeridad!. Sin él, el circo habría dejado de existir-

Curiosa preguntó:

-¿Vuela sin red de protección?-

-¡A veces, contra mi voluntad!- aseguró molesto, y confesó: -Amo a mi hermano como si fuera mi hijo, cualquier cosa que le amenace, ten por seguro que me amenaza a mí. Si algún día me caso, no me gustaría que mi mujer se me enfrentara tratando de conocer hasta donde llega ese amor-

Madelen admiró la franqueza de sus palabras, pensó que si él llegaba a conocer su tragedia la perdonaría.

El fantasma de Christian apareció en escena, y sobreponiéndose trató de concentrar su mente en algo alejado al espectro de su hermano.

La comida terminó y poco después, regresaban al trabajo.

Madelen retornó a su escritorio, dispuesta a traducir al francés y al alemán, las cartas que le había dictado. El día corrió rápido, cuando consultó su reloj, había pasado la hora en que debía abandonar la oficina.

Rascón regresó de vigilar a sus animales, al verla tras la máquina, la exhortó:

-Es hora de que te marches, mañana podrás continuar con tu tarea-

Ella se levantó de su asiento confesando:

-¡Estoy cansada!-

Se extrañó de no ver al lado del mexicano a

Grecco, pero no quizo pecar de intrusa preguntando por él.

Se alisó brevemente sus cabellos, y minutos después abandonaba la oficina. En la avenida, sintió que el aire frío de la tarde tonificaba sus cansados musculos. No quizo esperar la llegada del autobús y caminó hasta sentirse rendida.

Cuando llegó a su casa, ya era de noche y sus pesadas sombras lo invadían todo. Giró la llave de la cerradura y la puerta cedió.

Saltó por la impresión recibida, en el cuarto se encontraban todos los muebles volcados, como si el centro de un huracán los hubiera dispersado. En el desayunador, el espejo ya no existía, los trozos de cristal alfombraban el piso de la estancia.

Minutos después, escuchó repetidos golpes en su puerta y corrió a ver quién llamaba. En la entrada se encontró con la encargada del inmueble, quien la amenazó:

-¡Otra mañana más como la de este día, y le voy a pedir que se marche del departamento!-

Madelen tenía sus ojos arrasados por las lágrimas, enjugó su llanto y humildemente contestó:

-Tiene toda la razón, si vuelve a suceder una cosa como ésta, yo misma me marcharé-

La administradora se condolió de su pena e interrogó:

-¿Qué le sucede? ¿Es su marido el que entró en guerras?-

-¡Oh no señora! ¡No soy casada! Vivo con mi hermano, pero el sufrió un accidente...-

-¡Ya lo ví cuando salía a la calle! ¡Es horrible! Me lo encontré en el corredor y no sabía quién era, parece una moneda de dos caras. Un lado de su cara es igual a la suya, pero la otra... ¡Es increiblemente monstruoso, no hay nada comparable con su fealdad! Y perdone la brutalidad de mis palabras. Creo que

eran necesarias para decirle que la he comprendido. Siga este pequeño consejo: no deje que su vida se marchite, no llore más. Ahora su único problema conmigo, es que pague los cristales rotos. Olvide mis palabras, que yo trataré de calmar a los vecinos cuando retorne otro vendabal como el pasado-

Madelen rió, y con esto dió las gracias a la casera. La mujer se alejó y dejó sola a la francesa, quien continuó arreglando su maltratado alojamiento.

Ese día, Christian había permanecido como los murciélagos, entre las paredes que lo ocultaban; pero con las primeras sombras de la noche, se alejó de su vivienda. Su sombrero español ocultó una parte de su rostro, su negra gabardina le dió el aspecto de vampiro remontando el vuelo. Enfiló por la avenida, se arrinconó en la primera cervecería que encontró a su paso. La cerveza americana la sintió pésima, maldijo en francés y abandonó el tarro medio lleno.

Odió más a su hermana. Sentía deseos de matarla porque lo había âlejado del mundo. Blandió en su mano un viejo puñal gitano. Después recapacitó: ¿y si la mato, quién me mantendrá?. Ante el dilema que se le presentaba, la odió con más fuerza. ¡Jamás podría romper la cuerda que los unía!

Por la madrugada regresó a su casa, esperaba encontrarla llorosa, suplicante por su tardanza, como otras veces había sucedido, pero para su sorpresa, esta vez permanecía dormida, su respiración regular la denunciaba.

Grecco fue con su hermano a negociar un préstamo en el Banco, el dinero era necesario para iniciar la temporada del circo. Los banqueros son reacios a jugar a las posibilidades en los negocios, y en la reunión exigieron mayores garantías.

En el estira y afloja, Grecco ofreció la vieja

propiedad que su padre les había dejado en Texas. La propiedad garantizaba el préstamo y los banqueros sonrieron satisfechos. Los nuevos piratas despidieron a los hermanos, prometiendo que al día siguiente tendrían el préstamo solicitado.

Mamerto Rascón vivía en el barrio mexicano de Los Angeles. Nunca olvidaba que era un ilegal y la oficina de Inmigración Americana, si lo encontraba, podía ponerlo en la frontera de su patria y expulsarlo. Por ese motivo tenía frecuentes discusiones con su esposa. El quería un hijo y hasta ese día, la mala fortuna, había hecho que ni siquiera concibiera esperanzas. Elodia escuchaba las quejas de su marido, y solamente levantaba los hombros en señal de que el problema no era por culpa suya. Mamerto, para animarla, le explicaba:

-¡Si tienes un hijo en los Estados Unidos, ya no podrán corrernos porque nuestro hijo será americano como ellos!-

En estos altibajos se pasaron los meses y los años, esperando que el volátil les trajera de París el tan deseado regalo.

Esa noche Rascón comentó:

-La cigueña no nos trajo a nosotros nada, pero a Grecco sí lo protegió y le llegó una muñeca de París-

Elodia, que era tan simple como una cataplasma, acentuando su forma de hablar comentó:

-Tu jefe es de los hombres que cuando una vela se le apaga, otra le queda ardiendo... ¿Te acuerdas de Vanittel, su viejo amor?-

-¡Olvídate, olvídate de lo que dije!- murmuró Rascón, y sin mayores explicaciones se metió en la cama y se enredó en las mantas, quedando profundamente dormido.

Rascón marchaba muy de mañana al circo, sabía

que los animales valían mucho y los cuidaba con esmero. Ese día, como siempre, fue de los primeros que se presentó a trabajar.

El trailer estaba abierto, y sobre el escritorio se encontraba un florero con rosas frescas. El mexicano se anunció:

-¡Eh, Madelen!-

La voz argentina de la francesa se clavó en el cristal de la mañana, contestando:

-¡Hola Mameggto!-

-¿Que haces tan temprano aquí?- preguntó él.

-¡Tengo mucho trabajo!- aclaró ella.

Rascón se dirigió hacia donde estaban anclados los animales. Su preferencia se derramaba sobre "Matalote", el elefante que comía acercando verdes manojos de alfalfa fresca, al molino de su boca. Con sus redondos ojos miró a Rascón, que se acercaba. Había un raro entendimiento entre el paquidermo y el mexicano.

-¡Hola Matalote!- saludó Mamerto, y le habló como si fueran entrañables amigos... ¡Y lo eran!, Matalote ejecutaba todo lo que le ordenara Rascón, y cuando consumaba alguna pirueta difícil, miraba al mexicano y le sonreía, demostrando que aquel esfuerzo lo había hecho únicamente por complacerlo.

Alguna vez un hermoso tigre, con su garra, atacó al mexicano, que sacó del incidente un rasguño sin importancia. El correr de la sangre enardeció al paquidermo, que bramó amenazante tratando de estrujar la jaula donde se refugiaba el tigre. Asustado, pero presto también a su defensa. Las cosas no tuvieron mayor importancia, Rascón calmó a su pupilo y se alejó acariciándolo.

Grecco marchó a recoger el dinero del préstamo que les habían concedido. Encontró a Rascón al que le anunció que pronto llegaría el contador que había

sugerido el Banco.

Madelen trabajó febrilmente aquella tarde, y al final mostró a su jefe las cuartillas que había impreso. Ya aprobadas, fueron enviadas a Europa.

Armin se presentó en la oficina, saludó a la francesa con un empalagoso:

-¡Hola muñeca!- dió unos pasos y se encerró en el privado con su hermano.

Era la hora de la salida y Madelen se encontraba en la avenida, esperando la llegada de su autobús. Cruzó Rascón guiando su viejo coche que llenaba de humo los caminos. El la descubrió entre la multitud y le gritó:

-¡Eh Madelen!-

Ella lo vió y contestó alborozada:

-¡Mameggto!-

El mexicano detuvo su carro, le abrió la puerta y burlona comentó al subir:

-¿No se anda incendiando tu cacharro? ¿Llamo a los bomberos?-

El mexicano rió con la broma, y preguntó:

-Dime: ¿donde debo llevarte?-

Ella le dió su dirección y agregó un ¡gracias, gracias!, lleno de sentimental colorido.

El viejo coche se deslizó por las avenidas y se detuvo en el albergue.

-¡Aquí vivo!- aclaró ella, viendo que Rascón veía con estupor lo simple de su casa. Desplegó una sonrisa y aclaró:

-¡No soy rica, por eso vivo aquí. Soy una muchacha pobre...!-

Rascón quedó confundido, se deshizo en mil explicaciones, y al final sólo acertó a decir:

-Las mujeres bellas como tú, consiguen lo mejor sobre la tierra... y tú deberías tener lo mejor. Veo que vives dentro de la realidad de lo que honestamente ganas. Eres una buena mujer... ¡te felicito!-

Madelen se sintió feliz, era la primera vez en la vida que le habían dicho que era una buena mujer.

Frente a su puerta, tuvo la sensación de que algo desagradable le esperaba, temerosa abrió la puerta. La oscuridad del aposento formaba un bloque pétreo. Su mano presionó el interruptor y la pieza se llenó de la luz brillante de las lámparas; recorrió la casa, y no encontrando a su hermano, la felicidad y la tranquilidad volvieron a su rostro.

Buscó en la radio una estación. Cuando la música rompió el silencio que la envolvía, como loca se puso a danzar, siguiendo los giros y los pasos largos de los valses austriacos, que recordaban el vuelo cadencioso y caprichoso de las mariposas.

Esa era Madelen, una niña que había vivido demasiado aprisa. Pero nadie podía culparla, jamás había hecho daño a nadie.

Unas semanas más tarde, las noticias llegadas de Europa no eran alentadoras; muchos artistas habían negado sus servicios, pues ya tenían comprometidos sus números.

Otros maestros cobraban sueldos tan exorbitantes, que Grecco no se sentía entusiasmado para contratarlos.

Las cosas resultaron mal. Grecco se paseaba nervioso y gruñía constantemente: ¡Nada ha salido bien... Nada ha salido bien!

Madelen lo escuchaba renegar caminando de un extremo a otro de la oficina, y le aconsejó:

-Aquí tenemos los números telefónicos de la gente de Europa. ¿Por qué no llamamos?-

-¡Aquí en Los Angeles es la mañana, pero en Europa ya es la tarde. Si queremos un resultado rápido y saber con qué elementos contamos, lo acertado será llamarlos y enterarnos de sus pretensiones!-

Grecco se entusiasmó con la sugerencia y la urgió a que hiciera las llamadas.

Al primer intento sobre París, contestó la llamada la esposa de Landrú, un mago fabuloso. Ella indicó la hora en que se podría encontrar esa noche su esposo, y confesó:

-Mi esposo ha salido a la calle en busca de colocación-

Grecco se sintió feliz y exclamó:

-¡Con Landrú, el mago de la guillotina, me conformo. Se dice que es la mayor atracción de Europa!- y entusiasmado urgió a Madelen a que siguiera buscando a otros artistas espectaculares.

Para esa noche, el problema se hallaba resuelto. Landrú, el de la guillotina, ofreció que vendría a trabajar a América, y lo único que esperaba eran los pasajes y un adelanto sobre su sueldo. Los demás artistas que contrataron, exigieron las mismas condiciones.

Grecco se sintió feliz, la ayuda de Madelen había sido inapreciable, y para agradecer su esfuerzo la invitó a cenar a uno de los más sofisticados sitios de Los Angeles.

Sus ojos verdes tenían un destello especial de vida, y el vestido que lucía, la hacía esbelta y sensualmente inolvidable.

En su casa, la campanilla de alerta desplegó su plegaria. Corrió a la entrada. Ahí la esperaba Grecco, enfundado en un riguroso y elegante traje de etiqueta. Ella se levantó un poco la falda larga que vestía, para abordar el coche.

Cuando él la sintió a su lado, su corazón trotó incontenible y exclamó:

-¡Que bella eres Madelen, te miro como a una estrella errante que va a cruzar por el cielo de mi vida. Después, al fin fugaz, te alejarás de mi lado para siempre! Por esa razón, estos momentos

quisiera detenerlos, que el tiempo frene su impulso...-

-¡Pero imposible, el tiempo sigue su marcha inexorable! Cuando pasen los años y alguna vez vuelva a leer en las páginas del libro de mi vida, ahí estarás tú, con lo más hermoso que mis ojos contemplaron-

Madelen no tuvo con qué responder, se sintió turbada, y con mirada de gacela y voz emocionada, sólo contestó:

-¡Gracias!-

El automóvil devoró el asfalto de la avenida. Marchaba veloz, razgando con sus faros las oscuras entrañas de la noche.

El estaba enamorado. Ella iba feliz y trató de olvidar sus pasadas amarguras.

Aquellos días fueron de una actividad de hormiguero; la vieja carpa fue acondicionada, se daban los últimos toques al programa.

Armin desde la mañana comenzaba a saltar en el trapecio, Mr. Cody, el receptor de su vuelo, trabajaba con él hasta el agotamiento.

Algunas veces, Madelen se presentaba en la carpa y disfrutaba de los números que se estaban ensayando. Rió hasta enfermarse, con la presentación de Mamerto, el loro y su elefante.

Dos semanas más tarde, en medio de mil carreras y maldiciones, porque algunas cosas no salían como se esperaba, se efectuó el simulacro final.

El ojo especializado de Grecco, dió el visto bueno a lo que habían ejecutado.

Al terminar la función, se acercó a Madelen. El había sido tan poco atento con ella últimamente, que hizo brotar en su mente la idea de que ya no le gustaba. Eso la hizo sufrir, la mujer es fundamentalmente coqueta y no hay nada que la moleste más, que demostrarle indiferencia.

Sin querer, Grecco había tocado su cuerda más sensible, pero no había sido esa su intención. Para él, antes que nada ni nadie, estaba el circo, y al llegar a este punto, todo lo demás permanecía inmerso en el olvido.

-¡Te ves cansado y nervioso!- le comentó al ver su rostro cruzado de arrugas, formadas por el trabajo y la preocupación.

-¡Así es, Madelen!- confirmó él. -En este negocio nos jugamos, mi hermano y yo, lo que hemos ganado a base de esfuerzos. No es muy agradable pensar que el día de mañana, tengamos que tocar a la puerta de algún asilo para ancianos, buscando alojamiento- su voz cambió de brusca, a suave y calmada, ya no gritaba como en la pista, cuando trataba de lograr más empuje de los actores. Ahora parecía que se relajaba, actuaba como los gatos cuando buscan la caricia que los hace ronronear satisfechos.

Volvió a abrir los labios y ella lo escuchó con atención:

-Madelen, quisiera que ésta noche invitáramos a todo nuestro elenco a una cena. Debemos festejar la próxima apertura de nuestras funciones, y como no soy casado te ruego que tú la presidas-

-¡Oh la la!- exclamó ella emocionada, y continuó: -Yo no me esperaba esto, me dará alegría servirte. En estos días, sólo he sido un bulto en las tribunas y no me he ganado lo que me pagas-

Corrigió él:

-¡No Madelen, con tu ayuda hemos logrado elementos que hubiera resultado para nosotros, imposible contratarlos!-

En la voz de él había un poco de tedio. Ella lo comprendió y martilló con su pregunta:

-¿Estas fastidiado?-

-¡Así es!- y lo expresó en una forma tan llena de tristeza, como si quisiera al decirlo, lograr

un poco de consuelo.

Ella tendió su mano y acarició su rostro. Poco después, sus largos dedos se hundían en su abundante cabellera color de plata vieja.

Madelen sonrió, el blanco nacarado de sus dientes, se perfiló en la luz brillante de mediodía. Sus labios confesaron:

-¡Lo lamento...!-

El suplicó:

-¡Sal e invítalos antes de que se marchen!-

Ella no esperó la órden por segunda vez y marchó a los camerinos, donde los artistas cambiaban sus ropas. Los reunió y les explicó el objeto de su intempestiva llegada, exclamando:

-¡La compañía los invita para esta noche, a una cena para brindar por nuestro futuro éxito!-

Todo mundo aplaudió la idea y confirmó su presencia. Mamerto Rascón le rogó que le apartara tres sitios.

Ella regresó entusiasmada, donde se encontraba Grecco.

-¡Todos están conformes con asistir, y te lo agradecen! ¡Hasta Mameggto pidió que le apartaran tres asientos!-

-¿Por qué?- interrogó él. -No son mas que dos: él y su mujer-

-El "cotoggo" es artista también, ¿o no?- exclamó ella, en medio de una alegre y franca carcajada.

El bebía una copa, miraba a través del cristal del vaso, el color ambarino del licor y le rogó:

-Siéntate, aún tengo algo que pedirte- y le ofreció: -¿Te gustaría tomar algo?-

Ella rechazó el ofrecimiento, no le gustaba el sabor del brandy o del whisky.

El la miró, en sus ojos había destellos de ternura. No tenía deseos de abrir los labios, gozaba con

sólo verla.

Ella, nerviosa, pensó lo peor y meditó: "Ahora me dirá que mi trabajo ha terminado". Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sospechó que así comenzaría su plática, para terminar con sus ilusiones. Su corazón dió de saltos como conejo perseguido por una manada de lobos hambrientos. Se asustó más, cuando lo escuchó advertir:

-¡Es fundamental lo que te quiero comunicar!-

Ella, queriéndole ahorrar el paso difícil, lo atajo murmurando:

-¡No te preocupes, algún día tenía que suceder! Es la vida que nos arrastra y nos mutila, el sol que se cuela por el cristal de nuestras ventanas y en sus rayos lleva directamente alguna sorpresa. ¡Hasta puede ser el final de nuestras vidas, y eso nadie lo sabe!-

Ahora sintió la necesidad de tomar una copa y se la sirvió, era brandy. Cuando la bebida pasó raspándole la garganta, tosió. El soltó una larga y burlona carcajada.

-¿Por qué te ries?- preguntó.

-Porque no sabes beber y no debes tomar, el alcohol siempre te ahogará-

-Es cierto lo que dices- confirmó ella. Volteó el tema que la agobiaba y exclamó convencida:

-¡No te apene decírmelo! ¿He perdido mi trabajo?, ¿ya no me necesitas?-

El se puso rígido antes de contestar y lo confirmó:

-¡Así es, Madelen! Tu sabes que el circo está listo para iniciar sus funciones, tu trabajo ha sido inmejorable y no tenemos mas que una moneda con qué pagar tus esfuerzos: ¡gratitud!-

Ella se sintió desconsolada y no era por el trabajo, en cualquier sitio podría conseguir la misma colocación y mejor pagada.

Ahora sentía que al alejarse de él, ya no tendría ningún objeto su vida. La asaltó el recuerdo de su hermano y deseó estar bajo la losa de una sepultura. El la miró risueño, sin comprender su pena.

Sacó su pañuelo y enjugó sus lágrimas. El volvió a la carga, sentenciando:

-¡Si Madelen, has perdido tu trabajo en el circo!-

Madelen suspiró y comentó:

-¡Soy impotente para cambiar tu decisión!-

El miró sus ojos, el color de ellos era el verde claro de un lago, donde llegaran por la tarde los cisnes en busca de sus nidos.

Grecco habló despacio, formando con sus palabras un refugio para el amor. Buscó la profundidad de sus pupilas y emocionado le declaró lo que llevaba en su alma:

-¡Madelen, cuando llegaste a mi vida sentí que valía la pena vivirla, has sido estrella en mi soledad, rayo de luna en mi cielo...! ¡Te amo Madelen, y te ruego seas mi esposa!-

Ante la simple declaración, ella se desvaneció y volvió a llorar. Ahora conocía el motivo, pero deseaba llorar. Con timidez preguntó:

-¿Entonces no me alejas de tí?-

-¡No, te juro que no! ¿Por qué razón?-

-Es que dices que ya no me quieres más en el circo-

-¡Así es Madelen, buscaremos una casa y tú vivirás ahí. Tú no tendrás necesidad de trabajar!-

-¡Oh, sí!- aseguró ella, y su voz tenía la firmeza de una roca. -Necesito trabajar, hay dos razones: una muy importante, deseo ayudar a mi esposo. La segunda ya la conoces, tengo un hermano que necesita de mi trabajo-

El preguntó curioso:

-Díme que tiene tu hermano... ¿es cojo, manco,

no ve...?- y guardó sus últimas palabras para lo peor. -¿...O es un idiota?-

Madelen calló y no supo qué contestar.

Grecco dió por bueno su diagnóstico y comentó:

-No te preocupes, eso sucede hasta en las mejores familias, no se conoce la causa por la que los cromosomas degeneran-

Madelen enmudeció. Después de escuchar su juramento, comprendió que se imponía entre ellos una aclaración. Aunque la verdad sobre su vida la llevara a perder el amor que acababa de encontrar.

No tuvo fuerzas para verlo. Escondió la cara entre sus manos. Su largo cabello castaño cayó sobre su regazo, formó una cortina de seda donde se estrelló la luz de las encendidas bujías y murmuró:

-Comenzaré por el principio: Mi madre tuvo dos hijos, mi hermano Christian y yo. Mi padre había muerto años antes, víctima de una rara epidemia de cólera. Yo era una niña. Aquel día, igual a otras mañanas, mi madre me abandonó para ir al trabajo, y dejó en el fogón la leche hirviendo, para que diera su tetera a mi hermano. Christian lloraba. Me le acerqué y traté de consolarlo diciéndole: "No llores, en unos minutos más, te doy tu pan y tu leche". El se encontraba bajo el fogón, donde el fuego crepitaba y ponía al rojo la marmita que contenía la leche hirviendo.

Yo no alcanzaba la hornilla y me subí a una pequeña silla, tomé la tetera del asa, el metal quemaba. En ese preciso momento, mi hermano se colgó de mi vestido. Perdí el equilibrio y en mi caída, arrastré el recipiente con la leche hirviendo. El líquido y el recipiente cayeron sobre su cara y él dió un alarido de dolor. Su llanto se desató incontrolable. Asustada, llamé a los vecinos.

Poco después llegó una ambulancia y lo recogía. Fue llevado a un hospital. Cuando mi madre se enteró

de la desgracia, al instante me culpó de la tragedia.

Mi hermano permaneció en el hospital por mucho tiempo. Durante ese período, mi madre me prohibió que la acompañara a visitarlo.

Un año después volvió, hubiera sido mejor que jamás lo hubiera hecho. Ese día me lo mostró mi madre diciendo: "Mira tu obra, toda tu vida estarás orgullosa de lo que hiciste".

Mi hermano jugaba sin conocer su desgracia. El flanco de su cara que miraba, era hermoso; pero al volver su rostro, ya no fue cara lo que contemplé, sino la mueca tétrica de una calavera. Su risa sardónica, mostraba hasta el último de sus molares. Por ojo, tenía un cayuco de cristal blanco estático, que miraba penetrante; donde se encontraba su oreja, sólo un espantoso agujero negro quedaba.

"¡Horrible!...¡Horrible!, pobre de mi hermano", pensé. Mi madre me clavó una espina reprochándome: "¡Tú eres la responsable!".

Mientras ella vivió, siempre la escuché culparme de lo sucedido. Cuando Christian fue a la escuela, creció su problema: era blanco de todas las burlas imaginables. Siempre sus compañeros lo llamaron "espectro". Y creció acomplejado por su terrible fealdad. Los años corrieron y me acostumbré a saber que yo era una delincuente.

Los problemas económicos me agobiaron, y tuve necesidad de vivir una vida que no era honesta...- y acongojada exclamó: -...Tenía que sostener tres bocas y comprar las medicinas de mi madre. Mi hermano se acostumbró a que lo sostuviera, consecuentemente toda mi vida he luchado para darle de comer.

Para liberarme del cautiverio, se me ocurrió venirme a América. El se sintió impotente y no quiso quedarse en Francia. No tuve el valor suficiente para abandonarlo, en el fondo siento que soy culpable de su desgracia-

Y temerosa preguntó:

-Después de lo que has escuchado... ¿Aún quieres casarte conmigo?-

El sonrió, volvió a disfrutar mirándola, y sentenció:

-¡No encuentro la razón para no hacerlo...! Siento quererte más y admirarte por la devoción que has mostrado por tu hermano- y continuó: -Si tú me ofreces un cariño igual, sé que nuestro amor será eterno-

-¡Oh, sí te lo ofresco!- juró ella. -Y si yo faltara a ese cariño, o si alguna vez te fuera infiel, que Dios me castigue en forma cruel y violenta-

Un apasionado beso fue la rúbrica de su amor. El sugirió:

-No perderemos el tiempo, quiero marcharme con la seguridad de que eres mi esposa- y aseguró: -¡Dentro de dos días nos casaremos! Nuestra boda será sencilla, como lo somos tú y yo- y le ofreció: -Mañana iré a ver a tu hermano, quiero hablar con él, no es bueno que se sienta marginado, ¡debemos tratar de curar su complejo, y de que se reintegre al mundo en que vivimos!-

-¡Por favor, explícale cual es la razón por la que nos reuniremos!-

Madelen vaciló, pero comprendió que él tenía razón. Su hermano era por lo menos el jefe nominal de la familia.

La noche había empezado a extender su encaje plateado sobre la tierra, cuando Grecco se presentó. Sentía cierta curiosidad por conocer a su futuro cuñado.

Ella esperaba nerviosa su llegada. Estaba ataviada con un hermoso traje negro, que hacía más señorial la entrevista.

Cuando escuchó sonar la campanilla, corrió feliz

e hizo girar el panel de madera de la puerta; segundos después se estrechaban.

Ella lo guió por la penumbra del pasillo, y presentó:

-Mi hermano Christian-

Grecco estrechó la mano que le tendían y pronunció palabras rituales de cortesía. El francés, que no se había movido de el asiento que ocupaba, contestó con gruñidos disonantes al gesto cortés del americano. Escondió la parte espantosa de su rostro en la penumbra, y floreció en su cara una mueca de fastidio. Grecco rió y trató de ganar su confianza. Pero no era tarea fácil, Christian era un caso aclimatado y no podía cambiar ante la primera persona que se le presentara.

La conversación fue larga, el americano sútil, habló de mil temas, tratando de encontrar el flanco débil por donde colarse en el interés del francés. Pero tras de un batallar infatigable, Madelen interrumpió la escena, comprendiendo que su hermano se había encerrado en un círculo molesto.

Aburrido, Christian abandonó la sala. En ese momento, Grecco se enfrentó con la horripilante media cara de su futuro cuñado. No pudo contener un gesto de horror. El monstruo rechinó los dientes de coraje, y mostrándose tal como era, silbó sus palabras:

-¿horrible, no? ¡Conóceme futuro cuñado, en tu vida jamás podrás encontrar nadie mas espantoso! ¡Si te sirvo, me puedes exhibir en tu circo, como engendro del demonio!- y volteando hacia donde se encontraba Madelen, la señaló y escupió sus palabras, vociferando: -¡Ella es la culpable de mi infortunio y de mi monstruoso aspecto!-

Segundos después, abandonó como huracán la sala, dando un sonoro portazo se perdió en la monotonía de la noche.

Madelen quedó llorando, Grecco la abrazó y la

consoló señalando:

-¡Tú no puedes ser la culpable! ¡Olvídalo... fue simplemente una desgracia! Tú pudiste recibir la leche hirviendo en tu cara. Ya no te amargues más. Ahora entre los dos, trataremos de bloquear ese pensamiento de culpabilidad con éste principio: "No soy culpable, todo se debió a un lamentable accidente", y te sentirás mejor-

Ella enjugó sus lágrimas, sintió que amaba con todas las fuerzas de su alma, a aquel hombre que la trataba con tanta nobleza.

Se abandonó en sus brazos y quedaron silenciosos en el enervante encanto de la noche.

Por la mañana, Armin corrió a felicitar a su futura cuñada, su alegría le brotaba por los poros. Cuando la vió, le estrechó entre sus brazos y previno a su hermano, diciéndo:

-¡Si tú no te hubieras comprometido con ella, lo hubiera hecho yo!-

La casa de Madelen se volvió el sitio de reunión de toda la compañía. En forma mesurada corrió el licor. El que continuamente empinaba las copas, era Rascón. Poco después parecía jilguero, entonando canciones mexicanas con una guitarra que lo acompañaba.

El templo tenía el corte del sobrio modelo que habían diseñado los primeros colonizadores españoles. Las líneas del edificio eran rectas. El techo formaba dos vertientes amplias y con poca inclinación.

La torre blanca, lucía los alveolos huecos de su estructura. En medio de ellos, brillando centelleante, se encontraba el bronce bruñido de las campanas.

A cada golpe del badajo, se desprendían del campanario las golondrinas, que esperaban el día preciso para proseguir su largo y sistemático peregri-

nar en el espacio.

Madelen estaba feliz. Debía ser acompañada por su hermano a la Iglesia, pero Christian había declinado su obligación, esgrimiendo que no se encontraba bien. Ella lo comprendió y le rogó a Rascón que marchara a su lado dentro del templo. El mexicano aceptó orgulloso, preocupándose de vestir a su esposa lo mejor que pudo, se quejó amargamente con Grecco:

-¡Elodia resulta demasiado pueblerina para la ceremonia que vamos a precidir!-

Madelen, bellísima, entró al templo del brazo de Rascón. Este, vestido de etiqueta, caminó por la nave estirado como escoba. La llevó frente al altar, donde los esperaba el seglar. Grecco se colocó a su lado. El padre principió la ceremonia, martillando sobre los evangelios de la Iglesia Cristiana. Al final, poniéndo a Dios como testigo, santificó la unión de aquellas almas que creían en la comunión de los espíritus.

A la salida del templo, esperaban a los recién casados, todos sus amigos. Madelen era una novia feliz. Grecco repartía abrazos y agradeció tantas muestras de estimación.

Mas tarde, los novios y sus invitados se dirigieron hacia un famoso hotel.

Armin, que nunca tomaba, se vió desconocido y brindó todas las veces que se lo propusieron, por la felicidad de sus hermanos.

Rascón no quiso perder el papel de padre de la novia. Se movió orgulloso, serio y estirado entre los invitados.

Los novios tenían que partir a Las Vegas, para su corta Luna de Miel. Sin decir una palabra, desaparecieron de la fiesta.

LA MARCA DE LA GUILLOTINA

La mañana estaba muy avanzada cuando despertó Grecco, a su lado dormía profundamente su mujer. En el cuarto se escuchaba zumbar el aparato central de la refrigeración, Grecco sintió helado el aire e hizo girar el botón que controlaba la temperatura.

Madelen era hermosa. Por el borde de la sábana se insinuaba su pierna dura y bien formada; cambió de posición y dejó al descubierto la redondez de su cuello y el nacimiento de sus pequeños senos.

Grecco corrió la cortina y la luz bañó el cuerpo de ella por completo. Volvió al lecho, ahora su garganta quedaba frente a su rostro. Fijó su atención en una línea roja gruesa, que corría sobre la redondez de su cuello. Le pareció un tajo de carnicero, degollando su garganta.

Madelen abrió los ojos, entreabrió sus labios y se los ofreció. El los besó apasionadamente e hizo una pregunta tonta:

-¿Cómo dormiste?-

Ella sonrió por lo ingenuo de su marido, y contestó pícara:

-¡Igual que tú!-

La luz de la mañana hizo más visible la línea roja sobre su cuello.

Curioso, Grecco le preguntó que qué era aquella extraña marca. Madelen exclamó:

-¡Oooh... la marca de la guillotina!- y deslizó su dedo por donde la cicatriz corría.

Su voz se volvió sombría cuando recordó su historia:

-En la Revolución Francesa, uno de mis tatarabuelos, luchó al lado del rey. Como fueron derrotados, los condenaron a morir guillotinados y mi abuelo perdió la cabeza en la maldita máquina. Mi abuela estaba grávida y poco tiempo después de quedar viuda,

nació un hijo suyo.

Como seña curiosa, el niño tenía alrededor de su garganta, un listón rojo que corría por el mismo sitio por donde la guillotina cercenó el cuello de su padre. En la época de Luis Napoleón, él luchó contra el déspota y terminó su vida en la guillotina. Pero por rara curiosidad, un hijo suyo heredó la fatídica marca. En la gran Guerra, mi abuelo fue acusado de traición injustamente, y terminó sus días cercenado por la tétrica guadaña.

Desde entonces, la huella había desaparecido de la familia, hasta que yo nací con la legendaria marca-

Al terminar su relato, miró a su marido y confesó sus temores:

-¡Tengo miedo!-

-¡No seas supersticiosa!- comentó burlón.

-¡Oh no!- afirmó Madelen. -No creo en presagios, pero en mi familia han sucedido tantas coincidencias, que temo que algún día llegue a morir guillotinada- y con su mano extendida, simuló que caía la cuchilla de la guillotina sobre su cuello, y exclamó: -¡Clack!- imitando el chasquido de la hoja de acero, cuando cercenaba las cabezas.

-¡Eso no sucederá! Tú y yo veremos a nuestros nietos jugar felices. Y si tienes una nieta, ella heredará ese listón rojo que tanto te asusta-

Dos días después se alejaban de Las Vegas, regresaban a Los Angeles y ocupaban su residencia.

Armin y Rascón llegaron de visita a la casa de los recién casados. El trapecista entonó la plática comentando:

-¡Todo funciona!-

La prensa fue invitada a una función y resultó todo un éxito. Al mismo tiempo que hablaba, le extendía a su hermano los diarios en los que las críticas

de los reporteros eran favorables para el circo. Continuó con las novedades señalando:

-¡Ya se nos incorporó el contador que envió el Banco!-

Rascón, venenoso, comentó:

-¡Parece un cirio de catedral, por tan largo, estirado y fúnebre!-

Grecco recordó algo y lo puso a la consideración de su hermano, explicándole:

-Armin, tú conoces la desgracia del hermano de Madelen y quiero ayudarlo. Necesitamos alguna persona de nuestra confianza, que por las noches recoja el dinero de las entradas y los deposite en el Banco. Salvo que tú pienses lo contrario, me gustaría darle ese empleo a mi cuñado-

Armin, un tipo noble y desprendido, no encontró trabas y aprobó asegurando:

-No veo ningún impedimento, aplaudo tu decisión, porque tendremos un hombre fiel manejando las entradas-

Grecco agradeció su gesto, dándole una palmada en la espalda. Madelen se enteró del paso que intentaban dar, y enérgicamente lo criticó. Suplicó que no lo hiciera y argumentó huraña:

-¡El es un enfermo, y no sabemos cómo reaccionará!-

Insistió Grecco:

-No Madelen. El nunca ha recibido ayuda de nadie, y al recibirla cambiará su opinión sobre el mundo que lo rodea. Recuerda que yo estoy en un circo, y sé por experiencia que hasta las bestias llegan a educarse-

-¡Estas equivocado!- afirmó entre sollozos. -El es un tigre sin olfato, lo he ayudado toda mi vida y lo único que logré fue cultivar su desprecio. ¡Estúdialo! Es un enfermo mental, que debía estar encerrado en un sanatorio-

La voz de Madelen se volvió patética mientras suplicaba, y terminó su advertencia predicando:

-¡Si algo sale mal, no me responsabilices!-

Grecco sonrió, acarició a su mujer y suplicó:

-Debemos ir a verlo y explicarle nuestro propósito... A lo mejor ni acepta nuestra ayuda-

-¡Sería mejor!- contestó enfadada, y para probar su disgusto le anunció: -¡No te puedo acompañar!- se puso una bata y se encerró en su recámara.

Grecco abordó su coche, aceleró la máquina y poco después, llegaba a la casa de Christian.

Insistió muchas veces sobre la campanilla de entrada. Aburrido, se marchaba, cuando en el hueco de la puerta apareció su media cara presentable. El hombre se notaba amodorrado.

Reconoció a su cuñado y su cuerpo, que cubría la entrada, se apartó para dejar libre el camino.

Grecco no tenía idea de como abordar el problema. Conocía su mal carácter y no quería llegar a cometer algún error al exponerle la razón de su visita.

Se arrellenó en el sillón que ocupaba, carraspeó un poco y entonó la plática:

-Christian, te he venido a buscar porque Madelen y yo hemos pensado que te gustaría tener un trabajo que te resultara agradable. En el circo hay una oportunidad. El trabajo se reduce a recoger por las noches, el dinero de las entradas. Controlar los boletos vendidos, anotar las series, depositar el dinero en el Banco y llevar la ficha de depósito al contador. Por ese trabajo, se paga un buen sueldo... ¡Esa es la razón de mi visita!-

La verdad, el americano creyó que había sido tan elocuente como el griego Demóstenes.

Christian escudriñó a su cuñado, pensó que no tenía por qué ser desconfiado. Estaba sin clavo en el bolsillo y todo lo que le ofrecía era ganancia. Pero, pedante como muchos de los desarrapados, contes-

tó en forma vaga:

-Voy a pensarlo, en los negocios hay que ser prudentes-

El gringo quiso reventar de risa, la actitud de su cuñado le pareció ridícula. Pero guardó sus pensamientos y desvió su mala impresión, dándole seriedad al asunto. Opinó en el mismo sentido, diciendo:

-¡Tienes razón! Los negocios se deben meditar- continuó con una pregunta: -¿Cómo tendré la suerte de conocer tu decisión?-

El monstruo quiso dar la impresión de que meditaba su determinación, y recalcando sus palabras propuso:

-¿Que te parece si te la doy mañana?-

-¡Estupendo!- confirmó el gringo, y recalcó: -¡Hasta el mediodía espero tus noticias!-

Grecco comprendió que su misión había terminado.

Remontando la avenida, se alejó en su poderoso corcel mecánico. Por el camino iba pensando si no habría cometido una estupidez al invitar a su cuñado a que trabajara en su empresa. La forma en que había reaccionado, no era normal. Minutos después, deshechó sus ideas, creyó prudente no informar a Madelen de la mala impresión que le había causado su hermano, y decidió que al día siguiente únicamente esperaría su determinación, hasta que el sol cayera a plomo sobre la tierra.

Christian, como los topos, volvió a su madriguera; la proposición que le habían hecho era ventajosa. Con lo que ganara, podría armar la máquina de falsificar billetes. No tendría necesidad de vivir de día. Por las noches, sus sombras le prestarían seguro refugio. El monstruo parecía comunista, como a todos los malvados, le gustaba andar emboscado.

Por la mañana, Grecco marchó a la carpa. Tenía días que no se paraba por ahí. No conocía a algunos

de los nuevos elementos administrativos que habían llegado.

Ian Smith, el contador que envió el Banco, le pareció un elemento de primera. Era largo como cirio y vestía con el color de los tradicionales para lluvias. Era un viejo inglés simpático, que no había olvidado sus ·añejas tradiciones. Vestía a la moda de antaño y adornaba su cabeza con un elegante sombrero de hongo.

TADEO FORD

Tadeo Ford era un genuino representante del desenfreno de la vida moderna.

Cuando su padre lo contempló en la incubadora del hospital, quedó estupefacto, no lo creyó. Pegó su cara al cristal del ventanal, para estar seguro que era realidad lo que veía. Quedó horrorizado, aquel niño era un remedo de renacuajo. Daba temor al ponerlo boca abajo. Daba la sensación que sus ojos saltones, rodarían de su cuenca como cuentas de rosario. Su boca larga y sin labios, parecían una herida con navaja. En realidad era feo y asustó a su padre, que se marchó decidido a mudarse al Polo Norte.

Poco tiempo después, la madre abandonó el hospital con su retoño. Al correr del tiempo, la señora contrajo segundas nupcias y el nuevo papá del niño, exigió que llevara su nombre.

Mala fortuna la de Tadeo, su madre murió y su padrastro se volvió a casar, únicamente para abandonar al bebé en brazos de su nueva madre.

Desde aquel día, Tadeo prosiguió su vida de orfanatorio en orfanatorio. Careció de todo, y por lo tanto no creía ni en el nombre que llevaba.

Ya hombre, Tadeo resultó un resentido contra la humanidad. Se graduó de Administrador de Empresas y continuó su vida por éste sendero. Sus primeros trabajos los logró, gracias a un anuncio sugestivo que colocó en los periódicos: "Salvo compañías en quiebra. Consúlteme. Tadeo Ford".

Y le llovió el trabajo. Su habilidad como contador, permitía resucitar verdaderos cadáveres económicos.

Pero todos sus éxitos los manchaba con sus apetitos sexuales. Cuando salía airoso de algún problema, inmediatamente trataba de acostarse con la mujer